

San Juan Crisóstomo

Amor sobre todo amor

El que ama a su padre o a su madre por encima de mí, no es digno de mí. Y el que ama a su hijo o a su hija por encima de mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y viene en pos de mí, no es digno de mí. Mirad la dignidad del Maestro. Mirad cómo se muestra a sí mismo hijo legítimo del Padre, pues manda que todo se abandone y todo se posponga a su amor. Y ¿qué: digo -dice-, que no améis a amigos ni parientes por encima de mí? La propia vida que antepongáis a mi amor, estáis ya lejos de ser mis discípulos. -¿Pues qué? ¿No está todo esto en contradicción con el Antiguo Testamento? ¡De ninguna manera! Su concordia es absoluta. Allí, en efecto, no sólo aborrece Dios a los idólatras, sino que manda que se los apedree; y en el Deuteronomio, admirando a los que así obran, dice Moisés: *El que dice a su padre y a su madre: No os he visto; el que no conoce a sus hermanos y no sabe quiénes son sus hijos, ése es el que guarda tus mandamientos.* Y si es cierto que Pablo ordena muchas cosas acerca de los padres y manda que se les obedezca en todo, no hay que maravillarse de ello, pues sólo manda que se les obedezca en aquello que no va contra la piedad para con Dios. Y, a la verdad, fuera de eso, cosa santa es que se les tribute todo honor. Mas, cuando exijan algo más del honor debido, no se les debe obedecer. De ahí que diga Lucas: *El que viene a mí y no aborrece a su padre, y a su madre, y a su mujer, y a sus hijos, y a sus hermanos, más aún, a su propia vida, no puede ser mi discípulo.* Sin embargo, no nos manda el Señor que los aborrezcamos de modo absoluto, pues ello sería sobremanera inicuo. Si quieren -dice- ser amados por encima de mí, entonces, sí, aborrécelos en eso. Pues eso sería la perdición tanto del que es amado como del que ama.

Hay que aborrecer la propia vida

2. Con este modo de hablar quería el Señor templar el valor de los hijos y amansar también a los padres que tal vez hubieran de oponerse al llamamiento de sus hijos. Porque, viendo que su fuerza y poder era tan grande que podía separar de ellos a sus hijos, desistieran de oponérseles, como quienes intentaban una empresa imposible. Luego por que los padres mismos no se irritaran ni protestaran, mirad cómo prosigue el Señor su razonamiento. Después que dijo: *El que no aborrece a su padre y a su madre, añadió: Y hasta a su propia vida.* ¿A qué me hablas-dice-de padres y hermanos y hermanas y mujer? Nada hay más íntimo al hombre que su propia vida. Pues bien, si aun a tu propia vida no aborreces, sufrirás todo lo contrario del que ama, será como si no me amaras. Y no nos manda simplemente que la aborrezcamos, sino que lleguemos hasta entregarla a la guerra, a las batallas, a la espada y a la sangre. *Porque el que no lleva-dice-su cruz y sigue en pos de mí, no puede ser mi discípulo.* Porque no dijo simplemente que hay que estar preparado para la muerte, sino para la muerte violenta, y no sólo para la muerte violenta, sino también para la ignominia. Nada, sin embargo, les dice todavía de su propia pasión, pues

quería que, bien afianzados antes en estas enseñanzas, se les hiciera luego más fácil de aceptar lo que sobre ella había de decirles. Ahora bien, ¿no es cosa de admirarse y pasmarse que, oyendo todo esto, no se les saliera a los apóstoles el alma de su cuerpo? Porque lo duro por todas partes se les venía a las manos; el premio, empero, estaba todo en esperanza. -¿Cómo es, pues, que no se les salió? -Porque era mucha la virtud del que hablaba y mucho también el amor de los que oían. De ahí que ellos, que oían cosas más duras y molestas que las que se mandaron a aquellos grandes varones, Moisés y Jeremías, permanecieron fieles al Señor y no le contradijeron.

El que pierde su vida la gana

El que hallare -dice- su vida, la perderá, y el que perdiere su vida por causa mía la encontrará, ¿Veis cuán grande es el daño de los que aman de modo inconveniente? ¿Veis cuán grande es la ganancia de los que aborrecen? Realmente, los mandatos del Señor eran duros. Les mandaba declarar la guerra a padres, hijos, naturaleza, parentesco, a la tierra entera y hasta a la propia vida. De ahí que tiene que ponerles delante el provecho de tal guerra, que es máximo. Porque no sólo viene a decirles-no os ha de venir daño alguno de ahí, sino más bien provecho muy grande. Lo contrario, empero, sí que os dañaría. Es el procedimiento ordinario del Señor: por lo mismo que deseamos, nos lleva a lo que El pretende. ¿Por qué no quieres despreciar tu vida? Sin duda porque la quieres mucho. Pues por eso mismo debes despreciarla, ya que así le harás el mayor bien y le mostrarás el verdadero amor. Y considerad aquí la inefable sabiduría del Señor. No habla sólo a sus discípulos de los padres, ni sólo de los hijos, sino de lo que más íntimamente nos pertenece, que es la propia vida, y de lo uno resulta indubitable lo otro. Es decir, que quiere que se den cuenta cómo odiándolos les harán el mayor bien que pueden hacerles, pues así acontece también con tu vida, que es lo más necesario que tenemos.

Premios a la hospitalidad con los enviados del Señor:

Todo esto, ciertamente, eran motivos suficientes para persuadir a ejercitar la hospitalidad con quienes venían a traer la salud a los mismos que los acogieran. Porque ¿quién no había de recibir con la mejor voluntad a tan generosos y valientes luchadores, a los que recorrían la tierra entera como leones, a quienes todo lo suyo desdeñaban a trueque de llevar la salud a los demás? Sin embargo, aun pone el Señor otra recompensa, haciendo ver que en esto se preocupa Él más de los que reciben que de quienes son recibidos. Y ante todo les concede el más alto honor, diciendo: *El que a vosotros os recibe, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado.* ¿Puede haber honor mayor que recibir juntamente al Padre y al Hijo? Pues aún promete el Señor otra recompensa juntamente con la dicha: *Porque el que recibe -dice- a un profeta en nombre de profeta, recibirá galardón de profeta; y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá galardón de justo.* Antes había amenazado con el castigo a quienes les negaran hospitalidad; ahora señala los bienes que les ha de conceder. Y por que os deis cuenta que se preocupa más de quienes reciben que de sus propios apóstoles, notad que no dijo simplemente: *El que recibe a un*

profeta; o: El que recibe a un justo, sino que añadió: En nombre de profeta, o: En nombre de justo. Es decir, si no le recibe por alguna preeminencia mundana ni por otro motivo pedercedero, sino porque es profeta o justo, recibirá galardón de profeta o galardón de justo. Lo que se ha de entender o que recibirá galardón de quien reciba a un profeta y a un justo, o el que corresponde al mismo profeta o justo. Es exactamente lo que decía Pablo: "Que vuestra abundancia ayude a la necesidad de ellos, a fin de que también la abundancia de ellos ayude a vuestra necesidad".

Luego, por que nadie pudiera alegar su pobreza, prosigue el Señor: *El que diere un simple vaso de agua fría a uno de estos pequeños míos sólo porque son mis discípulos, yo os aseguro que no perderá su galardón.* Un simple vaso de agua fría que des, que nada ha de costarte, aun de tan sencilla obra tienes señalada recompensa. Porque por vosotros, que acogéis a mis enviados, yo estoy dispuesto a hacerlo todo.

Recapitulación

3. Mirad por cuántos medios los persuadió y cómo les abrió las puertas de toda la tierra. Y es así que de todas maneras les mostró que los demás son deudores suyos. Primero al decirles: *Digno es el trabajador de que se le pague su jornal.* Segundo, por enviarlos sin tener nada. Tercero, por mandarlos a la guerra y al combate en favor mismo de quienes los recibieran. Cuarto, por el hecho de haberles dado poder de hacer milagros. Quinto, por llevar la paz, fuente de todos los bienes, por boca de sus apóstoles, a las casas de los que los acogieran. Sexto, por amenazar con castigos más duros que los de Sodoma a quienes no los recibieran. Séptimo, mostrándoles que quienes los acogían, a Él mismo y al Padre acogían. Octavo, prometiendo el galardón de un profeta o de un justo. Noveno, prometiendo grandes recompensas por un simple vaso de agua fría.

Motivos de la hospitalidad y de la caridad

Cada uno de estos motivos, por sí solo era bastante para mover a todos a la hospitalidad para con los apóstoles. ¿Quién, en efecto, decidme, no recibiría y abriría de par en par las puertas de su casa a un general al que viera cubierto de heridas y ensangrentado, que vuelve de la guerra y del combate, después de haber levantado muchos trofeos de victoria? -Y ¿quién es ese general?-me dirás.-Pues justamente, añadió el Señor: *En nombre de discípulo o de justo,* por que adviertas que pone Él su recompensa no tanto en razón de la dignidad del que recibe hospedaje cuanto en razón de la intención del que hospeda. Aquí, a la verdad, habla de profetas, de discípulos y de justos; pero en otro lugar nos manda acoger a los más despreciados y castiga a quienes no los reciban: *En cuanto no lo hicisteis con uno solo de estos muy pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis Él.* Y nuevamente dice lo contrario sobre los mismos. Pues aun cuando el necesitado no tenga ninguno de esos títulos, basta que es un hombre que habita el mismo mundo que tú, contempla el mismo sol, tiene la misma alma y el mismo Señor, toma parte en los mismos sacramentos que tú, está llamado al mismo cielo y tiene un grande título, su pobreza y necesidad, para recibir el necesario sustento. Mas

es lo cierto que a quienes te quitan el sueño durante el invierno con sus flautas y zampoñas y te molestan sin razón ni motivo, tú los despachas con una buena porción de regalos. Igualmente los que andan vendiendo golondrinas, los que se embadurnan de hollín maldicen a todo el mundo, reciben también paga de sus truhanerías. Mas si se te acerca un pobre a pedirte un pedazo de pan, allí son las malas palabras y reprensiones, allí culpable de holgazán, injuriarle, insultarle y hacer burla de su miseria. Y no consideras dentro de ti mismo que tú también eres un holgazán, y, no obstante, Dios te concede sus dones. Y no me vengas con que tú estás ocupado en algo, sino intenta demostrarme que lo que haces y llevas entre manos es realmente cosa necesaria. Y si me dices que te dedicas a la economía y al comercio, al cuidado y acrecentamiento de tu hacienda, yo te respondo que éstos no son propiamente trabajos. Los verdaderos trabajos son la limosna y la oración y la protección de los oprimidos y tantas cosas semejantes, respecto a las cuales nuestra ociosidad es perpetua, y, sin embargo, jamás nos ha dicho Dios a nosotros: Puesto que vives ocioso, no te voy a encender el sol; como realmente no te dedicas a nada necesario, voy a apagar la luna, a esterilizar el seno de la tierra, a secar los lagos, las fuentes y los ríos; a destruir el aire y a retener las lluvias de todos los años, NO, nada de esto nos dice, sino que todo nos lo procura generosamente. Y de todos estos bienes suyos permite gozar, no sólo a los ociosos, sino a los mismos que obran mal, Así, pues, cuando veas a un pobre y estés tentado de decirle: Me sofoca que este hombre, que es joven y está sano y no tiene nada, quiera comer sin trabajar, que a lo mejor es un esclavo fugitivo que ha abandonado a su señor. Todo esto, dítelo a ti mismo, o, mejor aún, déjale al pobre que te lo diga libremente, y tendrá más razón que cuando se lo dices tú a él: Me sofoca que, estando tú sano, vivas ocioso, sin hacer nada de lo que Dios te ha mandado; eres un fugitivo de los mandamientos de tu Dueño y andas de acá para allá a la maldad: Tú te embriagas y arruinas las casas ajenas. Tú me acusas a mí de mi ociosidad; pero yo a ti de tus malas obras: de tus insidias, de tus juramentos, de tus mentiras, de tus rapiñas y de otras infinitas cosas semejantes.